

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA CUESTIÓN
DE LA SUBJETIVIDAD EN EL LUKÁCS
DE *HISTORIA Y CONCIENCIA DE CLASE*

ON THE QUESTION OF SUBJECTIVITY IN LUKÁCS'
HISTORY AND CLASS CONSCIOUSNESS

Juan Manuel Aragüés Estragués
10.26754/ojs_arif/arif.202329852

RESUMEN

Historia y conciencia de clase inaugura la reflexión sobre la subjetividad en el marxismo, recogiendo, de este modo, las orientaciones que Marx había ido perfilando a lo largo de su obra y abriendo la puerta a posteriores intentos de desarrollo de una teoría del sujeto en el seno del marxismo. A pesar del incuestionable mérito del aporte lukácsiano, sin embargo defenderemos que su aproximación a la subjetividad está teñida del mismo determinismo mecanicista que él reprocha al marxismo contemporáneo.

PALABRAS CLAVE: Marxismo, subjetividad, determinismo, mecanicismo, método.

ABSTRACT

History and Class Consciousness inaugurates the reflection on subjectivity in Marxism, gathering, in this way, the orientations that Marx had been outlining throughout his work and opening the door to later attempts to develop a theory of the subject within Marxism. In spite of the unquestionable merit of the Lukácsian contribution, we will nevertheless defend that his approach to subjectivity is tinged with the same mechanistic determinism that he criticizes in the Marxism of his time.

KEYWORDS: Marxism, Subjectivity, Determinism, Mechanicism, Method.

Recibido: 08/11/2023. Aceptado: 22/11/2023

Análisis. Revista de investigación filosófica, vol. 10, n.º 2 (2023): 175-188

ISSNe: 2386-8066

Copyright: Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo una licencia de uso y distribución "Creative Commons Reconocimiento No-Comercial Sin-Obra-Derivada 4.0 Internacional" (CC BY NC ND 4.0)

LAS DIFERENTES INTERPRETACIONES DEL MARXISMO

Tras la muerte de Marx y Engels, el problema de la exégesis de sus textos será una constante para los teóricos del movimiento socialista internacional, lo que dará pie a una ardua lucha de posiciones en torno al discurso marxiano. Problemas como el de la revolución, la participación o no en las instituciones burguesas, el desarrollo del capitalismo, entre otros, pasan al primer plano de la discusión teórica. La toma de postura adquirirá una mayor transcendencia a medida que el panorama internacional europeo se ve atravesado por dos acontecimientos decisivos: la I Guerra Mundial y la Revolución Rusa de 1917.

El estallido de la guerra, y sus prolegómenos, pondrá de manifiesto las discrepancias existentes en el seno del movimiento obrero, con el enfrentamiento entre partidarios y detractores del conflicto. Dicha polémica aparece de un modo claro en Alemania, donde, mientras la dirección del SPD apoya el conflicto, su ala izquierda, representada por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, se opone frontalmente al mismo (Klein 1985: 27). Por otro lado, la Revolución de 1917 exigirá una clara toma de postura. Hasta ese momento, la discusión en torno a la posibilidad de una revolución, y la posición ante la misma, había sido una cuestión de debate teórico; sin embargo, a partir de 1917 es la piedra de toque que define el campo de la acción política. Así, puede decirse que se establecen dos posturas al respecto: por un lado, la de quienes reniegan de la revolución como instrumento político, bien sea porque defienden la inevitabilidad del socialismo como consecuencia de las propias contradicciones del capitalismo, es decir, de la dinámica histórica, bien porque abogan por el acceso parlamentario al poder; por otro lado están quienes apuestan por la acción revolucionaria del proletariado organizado. Fiel reflejo de estas cuestiones son las polémicas mantenidas por Karl Kautsky, representante de la línea parlamentarista, con Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek. La tensión en el socialismo alemán es tan profunda que lleva al asesinato, con la connivencia de SPD, en enero de 1919, de Luxemburg y Liebknecht, dirigentes de la recientemente constituida Liga Espartaco.

En este contexto, con el triunfo de la ortodoxia bolchevique leninista en Rusia, el apoyo crítico de teóricos occidentales como Luxemburg no es considerado suficiente por la línea oficial rusa. Si bien la contraposición fundamental es la que se manifiesta entre la teoría leninista y la socialdemocracia, como se puede comprobar en la obra de Lenin *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, existe una discordancia entre la línea oficial bolchevique y la defendida por ciertos teóricos de los movimientos revolucionarios occidentales, que se constituyen, por lo tanto, en una tercera vía entre ambas tendencias.

De este modo, nos hallamos ante dos lecturas extremas del proceso histórico. La primera, ajena al proceso revolucionario ruso, y a cualquier proceso revolucionario en general, se caracteriza por una lectura mecanicista y economicista del proceso histórico derivada de una particular interpretación de los últimos escritos de Engels. Desde esta posición, la historia evoluciona de un modo necesario como consecuencia de la radicalización de las contradicciones económicas. Desde este punto de vista, cualquier consideración de la subjetividad o del nivel de conciencia de clase resulta superflua.

En cuanto a la segunda lectura, el marxismo ortodoxo, representado por la teoría soviética triunfante, cuyo objetivo es la utilización de todos los recursos, teóricos o materiales, en beneficio de la Revolución (Marcuse 1984), se produce en ella también una desconsideración del papel del sujeto, como consecuencia del privilegio que se concede al papel de una vanguardia política que se sitúa por encima de las masas. Aunque bien es cierto que algunos miembros de la dirección bolchevique, como el caso de Anatolii Lunacharskii, desde su Comisariado del Pueblo para la Educación y la Cultura, entendieron el decisivo papel de la promoción entre las masas de la conciencia de clase (Lounatcharski 2005) y a ello dedicaron buena parte de sus esfuerzos.

Esta desatención a la cuestión de la praxis subjetiva en el contexto del proceso histórico, que había sido subrayada por Marx en numerosos textos, es lo que llevará a Lukács, en *Historia y conciencia de clase*, a abordar dicha problemática como una de las más relevantes para el marxismo. Posición que será desarrollada también, en la misma fecha, por Karl Korsch en su magistral *Marxismo y filosofía*, y que estará en la base de las posteriores reflexiones que se llevarán a cabo en el seno de la *Escuela de Frankfurt*, en la que el tema del sujeto, muchas veces con una pretensión, como en el caso de Reich, Fromm o Marcuse, de fusión de marxismo y psicoanálisis, adquiere especial relevancia.

ESPECIFICIDAD E INSUFICIENCIAS DE *HISTORIA Y CONCIENCIA DE CLASE*

Historia y conciencia de clase es, sin ninguna duda, una obra extremadamente peculiar. Condenada en 1924, junto con *Marxismo y filosofía* de Korsch, por el oficialismo soviético a través de portavoces tan reputados como Zinoviev y Bujarin en el marco del V Congreso de la Internacional Comunista (*Komintern*), llegó a convertirse, sin embargo, en una obra de referencia para lo que Perry Anderson (Anderson 1979) denominó como “marxismo occidental” y dejó una huella

profunda, especialmente en muchos de los autores de la Escuela de Frankfurt. A ello debe unirse que, a la forzada autocrítica que se ve obligado a hacer su autor como consecuencia de las críticas de la Komintern, condición inexcusable para mantener su vinculación con el Partido, Lukács siempre manifestó una distancia con las tesis de su obra de 1923, a la que considera como una obra propia de sus años de aprendizaje y atravesada de insuficiencias teóricas que aconsejan su consideración como una obra poco menos que fallida. En el prólogo para su reedición que publicó en 1967, Lukács subraya lo que entiende como numerosas insuficiencias de su obra y llega a señalar con inusitada dureza que “la concepción de la práctica revolucionaria es en este libro místicamente desafortunada, como corresponde al utopismo mesiánico del izquierdismo comunista de la época, pero no a la auténtica obra de Marx” (Lukács 1985a: 17).

Es obligado entender que la obra se publica en un momento de enorme eferescencia teórica y política, en el que la naciente Revolución ve cómo se agostan las posibilidades de triunfo en los países occidentales, especialmente en Alemania. Por otro lado, la delicada salud de Lenin, que se quebrará definitivamente unos meses más tarde, incita ya subterráneas luchas por el liderazgo y comienzan a aparecer síntomas de una burocratización que se convertirá, bajo Stalin, en uno de los más virulentos tumores de la Revolución, como se encargaron de denunciar, desde el ámbito del arte, numerosas voces, como las de Vertov, Eisenstein, Maiakovskii o Shostakovich (Aragüés 2020). El movimiento comunista en general, y la Revolución Rusa en particular, es capaz, en los primeros años 20, de los mayores logros y del peor de los sectarismos. Cabe recordar los esfuerzos de un Ryazanov, al frente del Instituto Marx-Engels (IME), para publicar la obra inédita de Marx, que culminará en la aparición de textos como los *Manuscritos de economía y filosofía de 1844* o *Manuscritos de París*, los *Grundrisse* y *La ideología alemana*, cuyo pago será su fusilamiento en 1937. La mencionada condena de los libros de Lukács y Korsch es un síntoma temprano de lo que acabará ocurriendo bajo el estalinismo.

En el prólogo de 1967 al que hacíamos referencia unas líneas más arriba, Lukács señala lo que, cuarenta años más tarde, entiende que son insuficiencias de su obra. La falta de atención a la categoría de trabajo, que provoca una deformación del concepto de praxis, la concepción de la conciencia de clase como una conciencia otorgada desde fuera, lo que la convierte en una especie de milagro, un excesivo hegelianismo, son algunos de esos defectos. Y, ciertamente, como señalaremos a continuación, ciertos elementos que Lukács pretende expulsar por la puerta, como el mecanicismo, vuelven a entrar por la ventana. Sin embargo, Lukács tiene el enorme mérito de prestar atención a la cuestión del sujeto, aunque el desarrollo de

su conciencia quede preso en las garras de ese aludido mecanicismo teleológico. Y ese no es, sin ninguna duda, el único de los méritos de la obra.

Tiene razón Lukács al señalar que nos hallamos ante una obra de juventud en la que operan ciertas insuficiencias teóricas que hacen que el texto esté atravesado por contradicciones o por planteamientos que en ocasiones no entroncan con los del propio Marx. Esa rehegelianización de Marx, que algunos apuntan como meritoria pero que, a mi modo de ver, vuelve a lastrar con la losa del idealismo muchas de sus páginas, se convierte en una especie de, por decirlo con Althusser, “obstáculo epistemológico” (Althusser 1997: 449-551) que impide a Lukács dar pasos que parecen desprenderse de sus propias argumentaciones. Son numerosos los lugares en los que Lukács, siempre atento a la categoría de *totalidad*, pergeña, en línea con los que sería un desarrollo muy correcto de los planteamientos de Marx, una ontología de la relación, superadora del esencialismo de la tradición idealista. En otros momentos, reconoce la conveniencia de la ponderación que Rosa Luxemburg realiza de la espontaneidad de las masas como fuente de un posterior proceso organizativo, propuesta que recoge la fundamental idea marxiana de que la lucha de clases, es decir, la práctica, antecede a las clases (Aragüés 2018); pero, a pesar de ello, la insistencia lukácsiana en la teoría como fuente para la práctica y del Partido como guía de la conciencia no dejan de aparecer una u otra vez a lo largo del texto.

En todo caso, reconozcamos la vital aportación para el marxismo que supone la atención de Lukács al tema de la subjetividad. Aportación que abrirá la puerta para posteriores reflexiones que enriquecerán el pensamiento de Marx desde la convicción de la necesidad de desarrollar una teoría del sujeto dentro del discurso marxista. Algo en lo que se dará la mano, a pesar de la acerada polémica que les enfrentó en los finales años cuarenta, con el filósofo francés J.P. Sartre (Aragüés 2005).

LA IRRUPCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD: EL MARXISMO DE G. LUKÁCS

¿Cuál es la categoría que recoge la constitución de la subjetividad en factor conformador de la realidad histórica y, así, determinante esencial para la práctica? Sin ninguna duda, la de *Totalidad*, que es descrita por Lukács del siguiente modo:

La categoría de totalidad significa, pues, de un lado, que la realidad es un todo coherente del que cada elemento está, de una manera u otra, en relación con cada elemento y, de otro lado, que estas relaciones forman, en la realidad objetiva misma, correlaciones concretas, conjuntos, unidades religadas entre ellas de maneras diversas pero siempre determinadas (Lukács 1961: 276).

La comprensión de la realidad no puede realizarse como si de una serie de piezas se tratara, sino que existe una real conexión entre todas las categorías sociales, pues “la realidad no puede penetrarse sino como una totalidad” (Lukács 1985a: 84). Además, tal como manifiesta Riu: “Únicamente con la mediación de la totalidad son reconocibles y superables la inmediatez y el fraccionamiento con que se ofrecen las formas de la objetividad económica y tiene así una clase la posibilidad objetiva de reconocer adecuadamente su propia situación e interés” (Riu 1976: 20). Ello no quiere decir que no exista una jerarquización en cuanto a la influencia de las diferentes disciplinas en el desarrollo del proceso histórico, sino que todas influyen en el mismo, aunque con un diferente grado de intensidad. La economía sigue manteniendo un carácter fundamental en la orientación del proceso histórico, pero, desde luego, tal y como dice Mészáros (Mészáros 1981), no es el único factor interviniente en el desarrollo histórico, con lo que Lukács se aleja del determinismo economicista: la economía es un “determinante determinado”, se imbuye dentro de la dialéctica de mutuas interacciones de los elementos sociales.

Pues bien, ¿cuáles son las implicaciones derivadas del tratamiento lukácsiano?

a) En primer lugar, el discurso es considerado como consumación teórica de un proceso histórico que requiere la madurez receptiva y “abstraccionante” de la conciencia. El marxismo, como tal producción discursiva, tiene carácter histórico, tal como recordará también K. Korsch al señalar la necesidad de aplicar “*la concepción histórica materialista a la misma concepción histórica materialista*” (Korsch 1978: 36). Ello no significa, en modo alguno, que sea un discurso superable, extinguido a la manera en que se han extinguido otros discursos, sino que el marxismo no surge “ex nihilo” y que, además, su teoría es históricamente completable, del mismo modo que su práctica varía según el momento histórico. Mientras que el método del marxismo se mantiene, pues la ortodoxia, nos dice Lukács, “se refiere exclusivamente al método” (Lukács 1985a: 45), los cambios históricos implican una readecuación del marxismo como guía para la práctica social, no pudiendo erigirse la interpretación de la sociedad en un momento dado en paradigma aplicable a cualquier momento o situación. Esto ya lo señaló Marx al respecto de su teoría de la historia cuando, criticando la recepción que de *El Capital* realizan sus seguidores rusos, escribe:

Sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolas luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica. (Marx 1972: 301)

La originalidad del discurso lukácsiano se pone de relieve, en efecto, en lo que ya Sacristán subrayara al reconocer que nos encontramos ante un “marxismo del método y la subjetividad” (Sacristán 1983: 234). Sin embargo, esta temática puede ser reducida, en última instancia, a uno de sus términos, el método. Esa ortodoxia metódica a la que nos hemos referido procede de “la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores” (Lukács 1985a: 45). El marxismo es fundamentalmente, para Lukács, un método, aunque bien es cierto que un método cuyo carácter práctico-social impele a la acción. Es un método de análisis histórico, pues la realidad, la sociedad que hay que conocer para transformar, es histórica. El análisis histórico se convierte así en el marxismo en ciencia por excelencia, pues es la única que posee el punto de vista de la totalidad. La historia es la única disciplina capaz de aprehender todas las producciones discursivas de una sociedad dada, de analizar el discurso en sus diferentes superficies de emergencia. Y entre los numerosos factores del devenir histórico se halla la subjetividad.

Contra lo que suele ser habitual, en la obra de Lukács no es el interés por el individuo lo que lleva a un posterior análisis de la sociedad, sino que la deriva es la contraria: como discurso marxista que es, comienza por el análisis de lo social y, en este caso, deriva hacia la subjetividad. Realizado el análisis de la coyuntura histórica, puestas las bases para la acción, hay que acudir a quien es capaz de esa acción: el individuo como integrante de una clase. Sin embargo, como ya señaló Marx, no puede establecerse una relación mecánica entre posición social y conciencia política, pues la lucha de clases es anterior a las clases. El sujeto político se constituye en la práctica, no viene delimitado de modo teórico¹.

Podríamos decir que Lukács otorga un peso excesivo a la cuestión sociológica y teórica frente a la práctica, por lo que entenderá que solamente el perfecto conocimiento del entorno social permite a la subjetividad la adquisición de conciencia, su autoconocimiento. Únicamente el correcto análisis de la práctica social, el conocimiento de los intereses de clase, el autorreconocimiento de la subjetividad como parte integrante de una clase y, por tanto, participante de sus intereses, permite la posterior acción práctica. Cuestión, a nuestro modo de ver, problemática a la luz de los propios textos de Marx, algunos de los cuales invierten esa relación. Lukács entiende, sin embargo, que, una vez llegado a la teoría, la acción es imprescindible.

¹ Al respecto vid. Aragüés, J.M. *El dispositivo K. Marx*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018.

El interés de Lukács por la subjetividad se enmarca en el mismo contexto de interés por el proceso histórico y en su concepción de la historia. Existe una ley objetiva del desarrollo histórico, la lucha de clases, entendida como la real contraposición de los intereses objetivos de las clases que intervienen en el proceso histórico en un momento dado. Esta lucha de clases existe independientemente de la conciencia de su existencia por parte de los actores históricos, tal como lo manifiesta Lukács: “la esencia del marxismo científico consiste en el conocimiento de la independencia de las fuerzas realmente motoras de la historia respecto de la conciencia (psicológica) que tengan de ella los hombres” (Lukács 1985a: 91). Pero la conciencia por parte de los actores de la existencia de este principio objetivo lleva a la posibilidad de su actuación (consciente) sobre el proceso histórico. Aquí es donde entra en juego la importancia de la conciencia de clase, de la conciencia de los intereses objetivos de clase.

El individuo forma parte integrante del proceso histórico y contribuye a modelar el ritmo del mismo, bien activa, bien pasivamente: “El análisis marxista [...] no niega [...] el papel de la subjetividad en la Historia. No hace más que determinar el lugar exacto que ocupa en la totalidad objetiva de la evolución de la naturaleza y de la sociedad” (Lukács 1961: 142). Cuando hablamos de influencia pasiva, nos referimos a que, no teniendo conciencia de las causas de evolución del proceso histórico, permite, con su pasividad, la acción impune de quien ha alcanzado dicha conciencia, mientras que quien ha sido capaz de comprender las leyes de dicho proceso actuará en el mismo conscientemente. De aquí se infiere la importancia de adquisición de conciencia subjetiva de sus intereses de clase por parte del individuo integrante de una clase a la hora de actuar sobre el proceso histórico, pues “devenir consciente es sinónimo de tomar la dirección de la sociedad” (Lukács en Löwy, 1976: 206). La pasividad no debe ser considerada como un retraimiento respecto del proceso histórico por parte del individuo. Por el contrario, al ser considerada la historia (o, lo que es lo mismo, la sociedad, que es la plasmación de un momento histórico) como una totalidad, el individuo se halla inserto en su proceso como determinante (consciente o inconsciente) determinado. La subjetividad no puede ser entendida fuera del proceso histórico, de la sociedad, es decir, la subjetividad se halla definida por su superficie o espacio histórico de emergencia, pues como señala Marx y cita Lukács, “el tiempo es el espacio del desarrollo humano” (Marx en Lukács 1985a: 97).

Hasta tal punto es importante para Lukács la toma de conciencia de la subjetividad en el desarrollo del proceso histórico que este es entendido como las sucesivas adquisiciones de conciencia subjetiva de sus intereses objetivos por parte

de las clases. El mismo Lukács señala: “El proceso histórico, en su unidad, en su avance dialéctico y en sus retrocesos dialécticos, es una lucha ininterrumpida por grados más altos de la verdad, del *autoconocimiento* (social) del hombre” (Lukács 1985b: 121). De esta manera, el hombre se transforma en factor de la evolución histórica, que dependerá de la deriva desde la falsa conciencia hasta la conciencia de los intereses de clase. Ello se enmarca dentro de la concepción lukácsiana de la dialéctica pues, según Mészáros (Mészáros 1981: 12, 38-39), el hombre se halla en situación de optar por uno de los términos de la evolución dialéctica; es decir, dentro de las posibilidades objetivas, representadas por la negación, el ser humano se decantará por aquella que sea conforme a su grado de conciencia. Dicho de otro modo, existe la posibilidad de elección entre diferentes alternativas, pero no una posibilidad abstracta, sino determinada por el grado de conciencia adquirido por el individuo. Sin embargo, una vez iniciado el proceso de concienciación, la subjetividad tiende al rechazo de los intereses inmediatos, teniendo como único objetivo los intereses de clase: “El rebasamiento de la inmediatez tiene en su caso [del proletariado] una *intención de totalidad* social, con independencia de que ello ocurra con conciencia psicológica o, al principio, sin ella; y consiste también, consiguientemente y por su *sentido*, en que no se ve constreñida a detenerse a algún nivel relativamente alto de nueva inmediatez, sino que se encuentra en un interrumpido movimiento hacia esa totalidad, o sea, en un proceso dialéctico de inmediateces constantemente superadas” (Lukács 1985b: 105).

Por lo tanto, la relación de la subjetividad con respecto a sus intereses de clase puede ser de conciencia o de desconocimiento de los mismos. El proceso histórico queda definido, desde esta óptica, como la deriva desde los intereses individuales, es decir, lo que Lukács llama *falsa conciencia*, hasta la conciencia de los intereses de clase en un momento histórico determinado y su proyección hacia los intereses objetivos de clase: “El proletariado se encuentra en la historia con la tarea de una *transformación consciente* de la sociedad, tiene que producirse en su conciencia de clase la contradicción dialéctica entre el interés inmediato y la meta última, entre el momento singular y el todo” (Lukács 1985b: 117). Es decir, la subjetividad pasa de ser determinante-determinado inconsciente a serlo consciente, capaz de tomar en sus manos el proceso histórico, su propio destino. En palabras de Arato y Breines, la historia es “la conciencia que se busca a sí misma” (Arato-Breines 1979: 144).

La captación de la realidad como totalidad (nota diferencial entre burguesía y proletariado) es el presupuesto de la adquisición de conciencia por parte del proletariado. Mientras que la burguesía es incapaz de superar las estreches de

los datos de la realidad empírica, el proletariado, en su proceso de adquisición de conciencia, trasciende estos datos considerados como *naturales* por la burguesía, dirigiéndose hacia unos objetivos de carácter supraindividual, social, que trascienden necesariamente la forma social dada y sus reproducciones ideológicas. El objetivo del proletariado es exterior a la sociedad en la que desarrolla su práctica.

b) La dificultad con la que se encuentra el proletariado es la adquisición de conciencia no sólo de sus intereses económicos (conciencia que, si se alcanza individualmente, no es más que la egoísta *falsa conciencia* y si se alcanza por parte de la clase queda prendida en la inmediatez de una sociedad que no se pretende superar, sino solo modificar en cuanto a la distribución de los beneficios) sino también de sus intereses políticos y culturales, pues la conciencia política es el único medio para alcanzar los objetivos de una clase. Como señala Riu: “Una clase se caracteriza por sus intereses y estos no son otros que su vocación de dominio para organizar toda la sociedad: por tanto, su conciencia de clase se manifestará primordialmente bajo una forma práctica” (Riu 1976: 19). Es necesaria, por tanto, la existencia de un principio exterior al individuo capaz de imbuirle de dicha conciencia de clase, principio que para Lukács es el Partido: “Esta forma de conciencia de clase proletaria es el *partido*. [...] Al reconocerse al partido como forma histórica y portador de la conciencia de clase, el partido se convierte al mismo tiempo en portador de la ética del proletariado en lucha” (Lukács 1985a: 86-87). Es el Partido quien ha de facilitar el camino del proletariado hacia su propio autoconocimiento, pues mientras el poder desarrolla su discurso con pretensiones de universalidad, el Partido es el encargado de transmitir la conciencia de la historicidad del saber y la posibilidad de nuevas formas del mismo, acordes a nuevos intereses de clase: “Puesto que toda esperanza en la transformación interna de los hombres es una ilusión utópica mientras exista el capitalismo, hay que buscar y encontrar medidas y garantías organizativas adecuadas para oponerse a las consecuencias corruptoras de esta situación, para corregir inmediatamente su inevitable aparición y para eliminar las degeneraciones que así se produzcan” (Lukács, 1985b: 220). De este modo, la existencia del Partido, y su acción directora, se consideran como una de las cuestiones fundamentales en el desarrollo del proceso revolucionario:

La concepción del partido comunista [...] sigue a pesar de todo transitándose frecuentemente como una cuestión meramente técnica y no como uno de los principales problemas *intelectuales* de la revolución [...]. Es sin duda posible que, aun estando la meta buscada en una lejanía tan inalcanzable, los de vista más aguda consigan ver con alguna claridad la meta misma, su naturaleza y su necesidad social. (Lukács 1985a:180-181)

c) El problema con el que se halla el proletariado es el de la adquisición de conciencia en un contexto social cuyo objetivo, aunque no sea aparente, es impedir la producción de discursos-prácticas alternativos o, en su caso, asimilarlos en el interior de la ideología. El marco jurídico en el que se desarrolla la acción de la subjetividad es, obviamente, el marco impuesto por la clase dominante. Este marco epistemológico no permite el libre desarrollo de los intereses de la clase dominada, a la que la clase dominante intenta imponer su propia concepción del mundo, con una vocación, como antes hemos manifestado, universalista. Sin embargo, la acción de la clase dominada no ha de verse constreñida, según Lukács, por este marco, sino que ha de ser trascendido, con lo que la ética de la clase en ascenso, como acabamos de establecer al aludir al Partido, no ha de medirse dentro del paradigma social establecido, sino como posibilidad de transcendencia del mismo, por lo que ética y táctica coinciden en último extremo (Lukács1973: 379). Desde la óptica lukácsiana, la ética forma parte de la superestructura, es decir, del discurso del poder, con lo que su carácter histórico es también obvio. Cada formación social posee su marco jurídico en función de sus intereses, de donde deriva una actitud ética apropiada a dichos intereses. Por ello, siendo el objetivo marxista trascendente a la sociedad burguesa, la ética comunista no ha de erigirse de acuerdo con el marco legal de esta sociedad.

Como se ha visto a la largo de la exposición, la adquisición de conciencia por parte del proletariado es un requisito básico para su acción revolucionaria en la sociedad. Así las cosas, es evidente que el interés de la clase dominante es el mantenimiento del proletariado en la inconsciencia de sus intereses de clase. Ello se consigue a través de una colonización cultural, mediante la consecución de la aceptación del discurso dominante como discurso natural o propio: “Como su dominio no es sólo ejercido por una minoría, sino también en interés de una minoría, la ilusión de las demás clases, su permanencia en una conciencia de clase oscura, es un presupuesto necesario de la subsistencia del régimen burgués” (Lukács 1985a:111). Por ello, la tarea del Partido ha de ser la de posibilitar el reconocimiento por parte del proletariado de la falsedad de la universalidad de la verdad, desvelar el carácter de clase de la misma y, por tanto, hacer ver al proletariado la necesidad de trabajar por sus propios intereses. Doble tarea, por lo tanto: por un lado, de orden teórico; una vez alcanzado el nivel de la teoría, la acción:

Mientras que los partidos son la expresión organizada de esa crisis ideológica del proletariado, el partido comunista es, por su parte, la forma organizativa de la preparación consciente del salto y, por lo tanto, el primer paso *consciente* hacia el reino de la libertad [...]. La voluntad consciente de promover el reino de la libertad tiene que ser, por lo tanto, realización consciente de los pasos que

acercan de hecho a él. Y, comprendiendo que en la actual sociedad burguesa la libertad individual no puede ser más que un privilegio corrompido y corruptor, porque está insolidariamente basada en la esclavitud de otros, eso significa precisamente la necesidad de renunciar a la propia libertad individual. Significa la autosubordinación consciente a la voluntad colectiva que está destinada a dar vida real a la libertad real y que hoy comienza a dar seriamente los primeros pasos, inseguros y por vía de intento, hacia ella. Esa voluntad colectiva consciente es el partido comunista. (Lukács 1985a: 200-201)

MECANICISMO Y SUBJETIVIDAD: EL HEGELIANISMO DE LUKÁCS

La originalidad lukácsiana radica en la introducción en el desarrollo del proceso histórico de un nuevo elemento: la subjetividad. El olvido tradicional de esta categoría por parte del marxismo clásico, a excepción, evidentemente, del propio Marx, es rota con Lukács, con quien se inicia una línea de reflexión sobre el papel histórico y político de la misma. La subjetividad desarrolla una participación activa en la dinámica histórica en relación directa al grado de conciencia de clase que haya alcanzado, al nivel de comprensión de las leyes del proceso histórico y a la consiguiente decisión de tomar en sus manos el desarrollo del mismo. En línea con la postura expresada por Marx y Engels en el *Manifiesto*, y según la cual el concepto clase no es leído como una mera situación en relación a los medios de producción, sino también en función de la conciencia de unos determinados intereses colectivos, la subjetividad lukácsiana no viene definida, solamente, por su lugar en la estructura social, sino también, y fundamentalmente, a través de un proceso de compromiso creciente con los intereses de la clase.

Con la introducción de la subjetividad en el discurso lukácsiano se rompe con el mecanicismo economicista de algunas interpretaciones contemporáneas del marxismo. Se introduce un elemento en la dinámica histórica, introducción derivada de la comprensión de lo real como un todo, que rompe la rigidez de una historia concebida como proceso dialéctico necesario resultante de las contradicciones internas del sistema. Sin embargo, la lectura del proceso de adquisición de conciencia de clase por parte del sujeto se halla teñida de los defectos imputables al mecanicismo histórico. Una vez iniciado el proceso de comprensión del devenir histórico, de toma de postura consciente ante la realidad y la lucha de clases, el camino del sujeto hacia cotas superiores de conciencia se hace imparable, de tal manera que “*tiene que* (cursiva JMA) producirse en su conciencia de clase la contradicción dialéctica entre el interés inmediato y la meta última, entre el momento singular y el todo” (Lukács 1985a: 117). Por lo tanto, el proceso de deriva de la

conciencia de clase no se produce en relación a las condiciones objetivas de la realidad, ni siquiera a la práctica social concreta del individuo, sino que responde a una dinámica, alentada por la labor pedagógica y aleccionadora del Partido, mecánica y abstracta. La separación entre la producción de la conciencia y la realidad social queda sancionada con la vuelta a un discurso idealista hegeliano.

En resumidas cuentas, el discurso, lukácsiano se genera en polémica con las tendencias economicistas y ortodoxas que se desarrollan paralelamente a él en el ámbito del marxismo internacional de entreguerras. Y precisamente aquí es donde aparece la paradoja de este discurso, tal como ya hemos mencionado, pues pretendiendo superar el mecanicismo economicista, su concepción del desarrollo del proceso histórico no supone sino la adición de un nuevo elemento al mecanicismo teleológico, la subjetividad, cuya evolución, en el plano de la conciencia de clase, es también mecánica y necesaria. Ya no es la evolución de las contradicciones económicas *únicamente* lo que determina el desarrollo del proceso histórico, sino que se introduce un nuevo factor, la subjetividad, cuyo camino es imparable, apareciendo, de este modo, un neomecanicismo de base esencialmente hegeliana. Citando a Balzac, Lukács da fe de su mecanicismo determinista y teleológico: “La verdad avanza lentamente y, finalmente, nada podrá pararla” (Mészáros 1981: 40). Al respecto, es interesante la opinión de J.P. Sartre, quien mantiene lo siguiente:

A partir de este momento, alguien como Lukács puede elaborar una teoría del todo objetiva de la conciencia de clase mediante una dialéctica objetiva, y si habla de subjetividad es únicamente para referirla al sujeto individual, en la medida en que es fuente de error o sencillamente una realización inadecuada [...] Esta *concepción* lleva al objetivismo a tal punto que hace desaparecer toda subjetividad y por tanto hasta hacernos caer en el idealismo. Un idealismo dialéctico, sin duda, en el cual se parte de la condición material, pero que sigue siendo siempre idealismo. (Sartre en Rodríguez 1987: 73)

La pretensión lukácsiana de superación del mecanicismo economicista queda frustrada por una falta del mismo nivel ontológico: no se suprime la necesidad en el proceso histórico, sino que se traslada, en este caso, a otro de los factores históricos, la conciencia subjetiva de los intereses objetivos de clase. El determinismo, la necesidad economicista es remplazada por la necesidad de la evolución de la conciencia subjetiva.

Juan Manuel Aragüés
Universidad de Zaragoza
aragues@unizar.es

BIBLIOGRAFÍA

- ALTHUSSER, L. (1997): *Écrits philosophiques et politiques*, Paris, STOCK-IMEC.
- ANDERSON, P. (1979): *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI.
- ARAGÜÉS, J.M. (2005): *Sartre en la encrucijada. Los póstumos de los años 40*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- ARAGÜÉS, J.M. (2018): *El dispositivo Karl Marx. Potencia política y lógica materialista*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- ARAGÜÉS, J.M. (2020): *De la vanguardia al cyborg. Una mirada a la filosofía actual*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- ARATO, A. y BREINES, P. (1979): *El joven Lukács y los orígenes del marxismo occidental*, México, FCE.
- KORSCH, K. (1978): *Marxismo y filosofía*, Barcelona, Ariel.
- LOUNATCHARSKI, A. (2005): *L'esthétique soviétique contre Staline*, París, Delga.
- LÖWY, M. (1976): *Pour une sociologie des intellectuels révolutionnaires*, Paris, PUF.
- LUKÁCS, G. (1961): *Existentialisme ou marxisme?*, París, Nagel.
- LUKÁCS, G. (1985 a y b): *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Orbis.
- MARCUSE, H. (1984): *El marxismo soviético*, Madrid, Alianza editorial
- MARX, K.-Engels, F. (1972): *Correspondencia*, Buenos Aires, Editorial Cartago.
- MÉSZÁROS, I. (1981): *El pensamiento y la obra de G. Lukács*, Barcelona, Fontemara.
- RÍU, F. (1976): *Tres fundamentaciones del marxismo*, Caracas, Monte Ávila
- RODRÍGUEZ, J.L. (1987): *Sartre: poder, violencia y revolución*, Madrid, Revolución.
- SACRISTÁN, M. (1983): *Sobre Marx y marxismo*, Barcelona, Icaria.